

Dar que reír al demonio



LA SEÑORA SENSIBLE
—¿Qué quieres que te diga, soy tan sensible, que me da pena llevar en el sombrero un pájaro muerto.



EL PRETENDIENTE DESAFORTUNADO
—Escucheme, señorita, se lo suplico: es el segundo par de zapatos que gasto en seguirle!



PASION POR EL TEATRO
—¿Otra vez al teatro? Pero si la obra de hoy la has visto recientemente.
—Sí, pero no con este vestido.



—Querida: me basta mirarte a los ojos para leer tus pensamientos...
—Y entonces... ¿por qué no arreglas los papeles matrimoniales?

Un cuento relámpago

Tema de tertulia

Por PEDRO MONER TRIAS

CONOZCO varias clases de tertulias en las cuales se debaten temas artísticos o literarios, políticos o económicos, y hasta algunas, en las que el lápiz estratégico perfila situaciones de guerra sobre los mármoles del Café; y aquellas otras integradas por aburridos que no discuten nada, gentes éstas, que sin duda le temen a los techos de sus casas.

La tertulia de mi historieta, podría catalogarla entre las llamadas oaseras; domésticas, si se quiere. En fin, una tertulia familiar, a la que acuden a menudo, personas de una placidez encantadora.

Aquella noche, según me relató un contertulio asiduo, habíanse reunido en la Casa de la señora viuda de Trélez, alrededor de una amplia camilla, hasta tres parejas de casados jóvenes, dos hijas de la casa y un solterón tímido que ciertamente visitaba con frecuencia aquella mansión, atraído por los encantos de la mayor de las hijas de la viuda de Trélez. La madre de ésta presidía la reunión. Se trataba de una mujer montada a la antigua, cuyo grajeo y simpático modo de decir arrabataban a sus oyentes, cualquiera fuese su edad y condición. Poseía una amplia cultura y, pese a su edad avanzada, gozaba de una sorprendente memoria que hacía recordarse un sinnúmero de anécdotas que, al ser relatadas por ella, eran oídas con sumo gusto por quienes tenían el placer de escucharla.

Aquella noche, habían sido sacados a colación algunos temas intrascendentes que no llegaron a cuajar como motivo de discusión. Cuando de pronto, uno de los maridos puso sobre el tapete, el eterno tema de las diferencias matrimoniales. Decía así: «Estoy convencido de lo difícil que resulta conseguir una perfecta coincidencia de pensamientos entre marido y mujer. Reconozco las flaquezas de mi carácter y mi esposa confiesa los suyos. Ella y yo, estamos de perfecto acuerdo— rara excepción, pero es así— en la necesidad ineludible de transigir en nuestras faltas, y, sin embargo... Ayer, para no hablar de cosas más íntimas y más lejanas, sostuvimos una violenta disputa. Ella, quería ir al teatro, y yo, al cine; y así nos pasamos discutiendo un buen rato. Que a ella se le antojaba asistir a la representación teatral de anoche... y yo que quería ver la película del «Casiopea». En fin, unas horas muy desagradables, total por falta de afinidad de caracteres y, lo que es peor, de transigencia».

—¿Y adónde fuisteis? —se atrevió a preguntar el solterón, con su apocamiento e ingenuidad acostumbrados.

—¿Cómo se ve que no eres casado! —contestó Juan, que así se llamaba el desgraciado marido, acompañando a la palabra un gesto de franca indignación.

En este punto, la simpática viejecita se creyó en el caso de intervenir. ¡Era tan buena y tan comprensiva! Y conocía tan a fondo el corazón humano— por algo había sufrido tanto— que sabía muy bien que tales discusiones, tales pequeñeces, eran sino, una muestra del cariño hondo que se profesaba aquella pareja, que mostraba ahora, en público, sus «tremendas» discordias.

—No. No estás en lo cierto. La mujer debe ser dócil y seguir al marido. En mis buenos años —ya tan lejanos!— cuando mi marido deseaba ir al teatro jamás se me ocurrió contradecirle ¡no faltaba más! Allí íbamos tan contentos y alegres... Claro está —concluyó la agradable viejecita— que en aquellos tiempos no se conocían los cines.



EL VIEJO DOCTOR
—¡Qué vergüenza! ¡A su edad continúa siendo médico de niños!



EL MARIDO: —¿Por qué lloras?
—No puedo decirte lo.
—¿Por qué no puedes decirme lo?
—Porque es demasiado caro



EN BUSCA DE REBAJA
EL VENDEDOR: —Esta butaca, con respaldo brazos, cuatro patas, y asiento, vale doscientos pesetas.
EL COMPRADOR: —¿Y cuánto cuesta una butaca sin respaldo, brazos, patas y asiento?



DOS ACTITUDES
—¿Sabes que al jefe le han robado el automóvil?
—¡Oh, estupendo, ah... ah!
—Menos mal que estás de buen humor, porque uno de los ladrones ha robado también tu bicicleta!
—¡Ah, canalla! ¡Ah, sinvergüenza que uno con cual disparar primero! ¿ca?



CONSTRUCCIONES MODERNAS
—¿Quién ha sido?
—¡Tonito!... ¡Hacia pompas de jabón, y una de ellas ha chocado con la pared!



—¿Qué caba! ¡Con esta estúpida escopeta de dos cañones, no sabe uno con cual disparar primero! ¿ca?

Honda

N.º 30



Suplemento dominical de Baleares

Hace 25 años un «Savoia 9» hizo la travesía Barcelona-Palma, en una hora y 10 minutos

Fué el viaje inicial para establecer una línea diaria con la ciudad condal

En marzo de 1920 y después de muchas gestiones con las autoridades catalanas y provinciales, la Casa Hereter, establecida en Barcelona, dedicada a la aviación, organizó un viaje de prueba oficial para después de un día no lejano establecer el servicio aerpostal y de viajeros entre Palma y Barcelona.

Varios días fueron dándose noticias de la posible llegada del aparato, pero el día 17 se recibió en esta ciudad la noticia de que el avión había salido felizmente de Barcelona a las 11'35 la noticia

Mallorca entera se interesó grandemente por aquella nueva y durante toda la mañana de aquel día, los buelles se vieron atestados de curiosos que querían disfrutar de un espectáculo completamente nuevo para la mayoría de ellos.

Junto al malecón se situaron nuestras primeras autoridades e invitados y allí mismo se recibió un telegrama urgente depositado en Barcelona notificando que el avión había salido felizmente de Barcelona a las 11'35 la noticia

A las 12'40 minutos, a gran altura, sobre el Bosque de Bellver apareció el aparato y en unos minutos escasos, sin dar tiempo siquiera a que fuera contemplada su silueta, el hidroavión tomó agua en el interior del puerto junto a la tribuna de los invitados.

El entusiasmo fué indescriptible. Centenares de embarcaciones acudieron junto al aparato para saludar al aviador Guido Janello, piloto del aparato que fué objeto de una gran ovación.

Con el piloto hicieron el viaje el Presidente del Sindicato de Periodistas de Barcelona señor Cò de Triola y el Ingeniero don Jorge Loring, Jefe de la Sección de Aviación de los Talleres Hereter.

El Gobernador civil don Agustín Díez y el Alcalde don Francisco Barceló Calmarí, dieron la bienvenida en nombre de la ciudad al intrépido aviador y a sus acompañantes felicitándoles por la proeza realizada.

Janello fué materialmente asaltado por el público y los periodistas que querían conocer detalles de tan arriesgada empresa, teniendo para todos frases de agradecimiento por el entusiasta recibimiento que se le había tributado. Todo ha ido muy bien, el viaje se ha realizado según nuestros planes, volando casi siempre a 3.000 metros de altura. En el aire hay menos dificultades que en el mar, decía Janello.

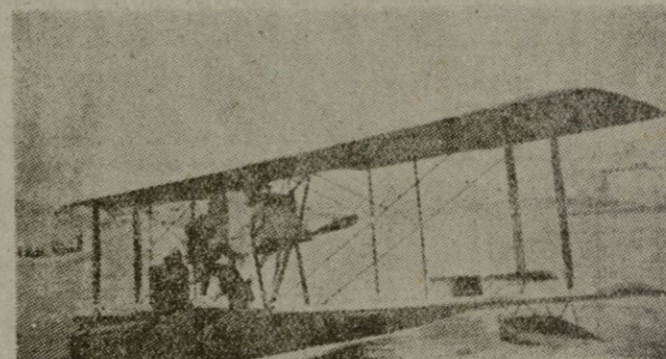
Dos horas más tarde el «Savoia 9», reemprendió el viaje para



Guido Janello, se llamaba el piloto de aquel avión arcaico. Las revistas gráficas de entonces le señalaron como intrépido por haber hecho su viaje de ida y vuelta en 3 horas, 1 minuto y 45 segundos.

Barcelona, empleando unas dos horas en el regreso.

Unos días después regresó nuevamente el «Savoia 9» y los nobles señores don Joaquín Gual de Torrella y el Marqués del Palmer, fueron los primeros mallorquines en montar en el hidroavión y realizar un vuelo de más de un cuarto de hora sobre la bahía y la ciudad ambos señores, al descender del aparato fueron oyaonados largamente.



He aquí el extraño fuselaje extraño ahora que ha pasado un cuarto de siglo— desde su recibimiento alborozado en Palma— de un hidroavión «Savoia» que realizó el primer viaje Barcelona-Palma-Barcelona.

to, un flamante «Savoia 9» que fué difundida rápidamente y to por aquel entonces eran los aparatos más seguros y especialmente dedicados al transporte postal y de viajeros.



Por primera vez los hombres pudieron ver Palma a vista de pájaro, elevándose orgullosos sobre el cielo azul de nuestra isla.



El grupo de autoridades contemplando asombrado el prodigio de este nuevo ícaro que entlazaba de manera rápida la Península con la Isla de Mallorca.

Paleta y Pentagrama

Galería de auto-retratos

PEDRO SUREDA

ESTE joven pintor mallorquín de afinada sensibilidad y de independencia a ultranza se bien desde sus balbucesos en el manejo de los pinceles se familiarizó con las obras de los clásicos españoles y el impresionismo de Sorolla, cultivados por su madre la exquisita pintora Pilar Montaner, al afianzar su iniciación artística y llevado por el prurito de originalidad y de antitesis para cuanto supusiera academismo, rutina o tópico, se dedicó a crear una obra más bien literaria que plástica, casi tocando los lindes del surrealismo.

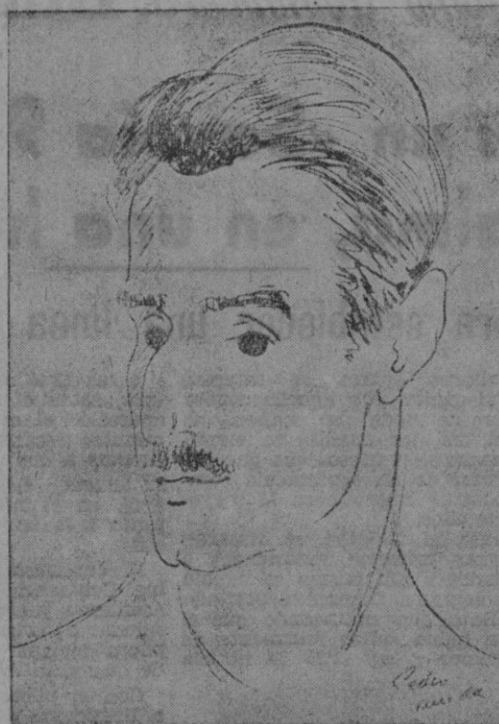
Y a partir de su formal revelación, allá en los años moceriles, viene siendo Pedro Sureda un artista incontaminado de toda tendencia o escuela, situado en una posición equidistante entre la obra de su madre —de un ponderado academismo y la de su hermano Jacobo— puramente psíquica e intelectual.

En Pedro Sureda se aprecia a un enamorado del paisaje mallorquín simple y poco espectacular, del que se deleita en traducir su aspecto espiritual, desdénando su lado bonito, para interpretar lo sólido, siempre dentro de una expresión un tanto esquemática.

Sus fantasías sobre danzas mallorquinas, conseguidas en un señalado límite de fidelidad realista, ofrecen un gracioso dinamismo y expresan un exótico ritmo melódico.

Para Pedro Sureda constituye una preocupación el no aparecer como pintor brillante, de ahí el que sacrifique los medios de fácil efectismo, en busca de una obra más subjetiva que real.

Para buscar satisfacción a sus espirituales inquietudes se dedica Sureda al cultivo del género humorístico, mereciendo un primer premio en el Salón de Humoristas del «Círculo de Bellas Artes», y que



Sean muy celebrados sus dibujos que amenudo publica en el semanario «La Codorniz».

FERRER GIBERT

La temporada de ópera en la Zarzuela

El esfuerzo de Barnum en el Teatro de la Zarzuela de Madrid se ha derrumbado por donde debía esperar. Quien mucho abarca, poco aprieta, y el refrán se ha cumplido en este caso por aventurarse el empresario a montar, en veinte días nada menos que catorce óperas. No se ha logrado, como es lógico, ni acoplar la orquesta, ni conjuntar los coros, ni siquiera, y esto es lo más lamentable, conseguir que los divos, con brillantes actuaciones individuales, hicieran olvidar la pobreza del contorno.

Pero esta temporada ha tenido, para el público madrileño, una lección saludable. En efecto se han podido contraponer dos géneros de ópera tan contrapuestos como el alemán y el italiano, y la victoria otorgada por la prensa y el público en tan singular certamen ha correspondido a la música germana, aun cuando las versiones dejaron mucho que desear.

Así, por ejemplo, de la representación de Lohengrin dice el crítico musical de MARCA:

«Estaba presente Wagner un Wagner aun italianizante, pero presentido y contenido en potencia con toda la fuerza de su dimensión gigantesca. Aun en una casi última función de abono, emparejada con obras de clásico-repertorio, condiera que se presente Wagner allí ha de estar la cabecera».

Y nos complace constatar que el gusto musical retorna a su buen camino, dando a cada cual la jerarquía que se corresponde.

Rincón del Novel

AMOR

Ha dicho un notable escritor: «De entre todas las obras de imaginación, eliminadas a las que tengan el amor por objeto y podréis escribir el resto en un papel de cigarrillo». Fuerza es reconocer que la tal aseveración tiene la exactitud de una máxima pirroniana, pues más que difícil será encontrar una obra cuyo contenido sea fruto de lo ideal y que no esté inspirada en los fundamentos del amor. El amor en su acepción universal comprende el del patriota, el del filósofo, el del asceta y el del amor; en el concepto genérico, el amor sólo se reduce a una sola afectación: la fisiológica. Es éste el que brota súbita y espontáneamente sin más razón que su albedrío ni otro móvil que el misterioso de la vida. Es dicho sentimiento el más profundo y conmovedor de todos, la afectación más pura, la sensación más sublime, la nota más delicada del alma. Hablar de él es hablar de todas las bellezas, de todas las perfecciones, de las más altas virtudes. En él se condensa cuanto de hermoso y noble late en el corazón humano. Desde Virgilio hasta Ausias March, pasando por Leandro, Abelardo y Marsella, todos los egregios soñadores del amor han ido jalando la historia de la literatura con arzones palpantes de sus almas luminosas, dejando impresas las az-

dientes conmociones que el abstracto cuanto excelso sentimiento produce en sus espíritus delicados y maravillosos; unos cantando las melodías de su dulzura, otros llorando el dolor de sus desengaños. Leopardi y Bécquer suspiran la melancolía infinita de su grande amor sin consuelo, y el primero de ellos pretende anegarse en las sombras de la nada para arrancarle a lo eterno la esencia divina que anhela su alma insatisfecha. Espronceda maldice el lozano estío de la vida, y se abisma en los negros precipicios de la desesperación.

Se ha dicho del amor que es a un tiempo bonanza del espíritu y borrasca de pasiones, cielo de bienaventuranza e infierno de torturas. Sea lo que fuere, lo bien cierto es que está nuestra existencia tan íntimamente relacionada con ese sentimiento que sin él la vida no se comprende ni se goza. Corazón sin amor es páramo desolado y yermo en donde aullan los lobos del instinto, entre la noche fría y triste del espíritu. Amar es renacer, vivir, gozar de lo más exquisito y sublime; sentir correr por las venas torrentes de sangre encendida, exaltación de energías, vibrar de nervios; amar es suavidad del espíritu, delicadeza sutil, melancolía ínfima, crispósculo lánguido y acsmayado, armonía dulcísima; amar es penetrar en el misterio de la vida, perderse en la lejanía de lo

infinito y de lo eterno. El amor es ley universal de lo creado. Mirad al cielo: las estrellas desde los incommensurables espacios siderales se hacen guilfos prendidas unas de otras, se solicitan y atraen como si fueran almas. Mirad la naturaleza: la flor se cubre con sus mejores galas para recibir en sus entrañas el polen fecundante. La tierra desfallece bajo los ardientes besos del sol. El amor es la génesis de la vida.

Vicente Orti Marqués

«FRÍO EN EL ALMA»

Nació la aurora; despertóse el día con celajes de plata y oro fino; recuerdo el grato aroma de mis más sé que tuve frío [flores...]

Dulce canto escuché yo de las [aves que libres agostaban mi suspiro; ¡quise gritar; su libertad pedir; pero temblé de frío [les!...]

Suave como un arroyo que murmuraba deslizábase el día, cristalino; bebí su cáliz puro y sin embargo mi pecho sintió frío.

«Pasó algo en mí? Señor: ¡Dimelo muy pronto y no me sumas en el que morirme no quiero [frío sin saber yo la causa de este frío. L. Aguiló de Cáceres

«PENSAMIENTO»

Me apena ver las flores de pétalos pendientes y corola inclinada, que místicas en el prado, ya pierden sus colores, sus brillos relucientes, su belleza callada... su aire embalsamado.

Estambres que hirsutos al aire un día dieron de polen y perfume la atmósfera cargada y hoy pardos y enjutos, llorando lo que fueron; belleza que consume y vuelve a sí la nada.

A estas pobres flores, que el aire embalsamaron de dulce primavera en un fugaz momento...

A estas pobres flores, que ya se marchitaron, mirando a su vera dedico un pensamiento.

J. M.ª Peretó R.

Correo

EUGENIA DE M. Palma. — La foto con las sillas de mimbre, señorita, correspondía efectivamente al portal del Fomento de Turismo. Disponga, Eugenia.

V. P. GUTIERREZ, Palma. — En nuestro próximo número publicaremos sus versos.



Oh, la moda



En este elegante modelo se aprecia una marcada tendencia a las amplias vestas. La decoración es a base de motivos chinos en los bolsillos.

ADORABLE COMPAÑERA

RECETAS DE COCINA

BUDIN DE CHOCOLATE

Un litro de leche, una libra de chocolate, medio kilo de azúcar, media docena de huevos y un poco de vainilla.

Se hace hervir la leche y se le agrega al chocolate rallado, medio kilo de azúcar, y cuando comience a espesarse se saca y se le agregan las seis yemas batidas. Luego se acaramelan bien una budinera y se vierte en ella la mezcla, pudiendo agregarle una clara batida a punto de nieve.

LENGUADOS AL JEREZ

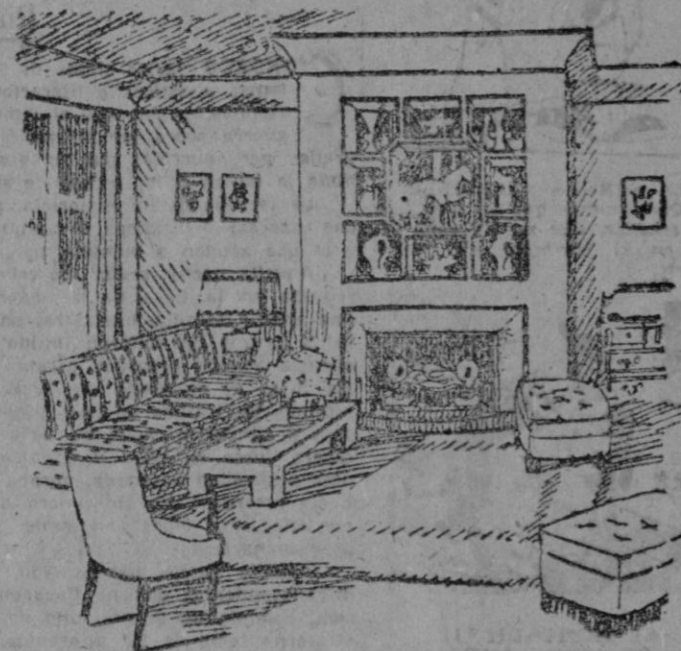
Formar los filetes y sazónalos, ponerlos en una fuente que resista el fuego, con bastante manteca de vaca, un poco de tomate frito pasado por tamiz, quisquillas montadas y algunas machacadas: champignons, un poquito de agua y un chorrito de vino de Jerez. Se espolvorean con pan rallado, se meten al horno, que cuezan un ratito, cuidando que no se consuman y se sirven calientes en el mismo plato.

CHULETAS DE TERNERA EN PAPEL

Se ponen las chuletas una o dos horas en un adobo de aceite con hierbas finas, sal, pimienta, el zumo de un limón y unas gotas de vinagre.

Luego se sacan mojadas de aceite y se cubren con un picadillo de hierbas finas y jamón mezclado con pan rallado; se rocían con el aceite del adobo, se envuelve cada una en un papel untado de aceite y se ponen en la parrilla para cocerlas a fuego suave y servir las con el papel.

Hogar, dulce hogar Chimeneas



Las chimeneas de las chimeneas, bien sean verticales completamente o inclinadas, se decoraban generalmente colgando en el centro un cuadro, unos platos antiguos, unas cabezas disecadas, o simplemente lisas. En la perspectiva de este salón se ha encontrado la solución con una hornacina de silueta rectangular y de muy poco fondo; las repisas, que hubiesen podido ser horizontales —desde luego, sin gracia y demasiado sencillas—, son aquí de forma cuadrada, resuelta, además, con un certero sentido decorativo, dando distinto valor a los nichos y, sobre todo, al central, con el pequeño quiebro de los ángulos.

Toda la hornacina es de escayola, y los tabiquillos de la retícula son de cuatro centímetros de grueso; la silueta de todos los huecos va guarnecida con un junquillo saliente de un centímetro de grueso y de sección semicircular; la profundidad total es de diez centímetros y el fondo es de espejo, con lo que la chimenea adquiere sensación de transparencia.

Una cuidadosa selección de objetos de cerámica o vidrio de tonos complementarios dará al grupo de la perspectiva todo el valor y riqueza necesarios para que alrededor de él gire la composición general de todo el conjunto.

5 DE LA TARDE

Cinco de la tarde. La hora del Momento amable para la mujer, en el hogar, entre amistades selectas, o en los salones donde se reúne una concurrencia exquisita y mundana.

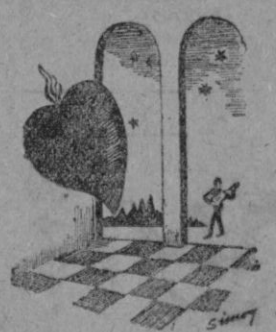
La bebida rubia es un agradable pretexto para hablar de cosas bellas y gratas. Entre sorbo y sorbo, las sonrisas son la miel de las palabras. La hora del té abre un paréntesis en nuestras existencias tal vez demasiado agitadas. La vida moderna exige de nosotras una actividad excesiva. Hay que cultivar esa hora íntima y recogida del té. Es un oasis de paz, donde se revelan todas las gracias del espíritu.

En esta hora grata, la mujer distinguida dispone del ambiente propicio para brillar con personalidad propia y acusada. De su tacto y de su ingenio depende todo. Entonces es cuando la mujer elegante puede y debe encantar a

los que la rodean, con una elegancia en la que no intervienen para nada modistas ni peluqueros: la elegancia espiritual, hecha de buenas lecturas, de juicios discretos y elevados, de frase, delicadas, de sonrisas naturales, tanto más sugestivas cuanto más naturales. Hora de convivencia, toda afectación resulta fuera de tono y toda actitud amanerada o preconcebida acusa sus contornos poco gratos.

Hay que huir, a la hora del té, de los temas de conversación excesivamente familiares o vulgares, y tratar preferentemente cuestiones literarias o artísticas, o motivos de relación social apartados de todo punto de vista privado, que pudiera convertirlos en habladuría indiscreta.

La hora del té es para la mujer una prueba decisiva, de la que a toda costa ha de procurar salir victoriosa.



Romanza sin palabras

«Te acuerdas...? Fué una noche transparente de junio... Un motivo de Schumann dominaba en el piano, de nácares vestía la estancia el plenilunio y el mar nos arrullaba con su «tánder» lejano...»

Yo llevaba en el alma, contenido y ardiente, un afán que rimaba con las líricas notas... ¡Tu en los ojos tenías todo el cielo de Oriente, constelado de ensueños y de estrellas remotas!

Titilaban los astros sobre el mundo dormido... Cual la noche, era plata y era azul tu vestido, y eran nácar tus brazos transparentes y líricos...

Y las trémulas notas de cristal, parecían surtidores de estrellas, que del cielo caían, y al llegar a tus manos se trocaban en versos!

ARTURO PACHECO

SESUDOS VARONES

A través de los lentes

Se observa desde pocos años ha, una exajerancia extraordinaria de lentes de ambos sexos que se adornan con lentes a sus ojos. No nos referimos, claro está, a los que por prescripción facultativa tienen necesidad de usarlos. Pero no cabe duda que en multitud de casos es la moda, la que impone esa costumbre.

Lentes ahumados como si hubiera de defenderse de la luz del sol reflejado en las nieves de las montañas o en la arena de los desiertos. Pero en nuestras ciudades civilizadas y en todo tiempo no se siente esa necesidad.

Además, penetrando un poco en la psicología de las gentes, como todo se ha de ver, según el color del cristal con que se mira, qué necesidad ha de obtenerse de ver cosas y personas ahumadas o de color de caramelo?

Las lentes ahumadas nos ha-

ran ver un mundo entenebrecido, pesimista, de color, más o menos escaramelado, un mundo ficticio también, de un optimismo de comedia o de salón.

Aun las lentes incoloras, usadas por vanidad, influyen también en nuestro modo de ser. El famoso pensador, Goethe, hizo esta afirmación: — «el que mira con lentes, se cree más listo de lo que es ya que su sentido externo está en desequilibrio con su capacidad de juicio».

Es decir que se complace en ver más y mejor de lo que piensa. Y añadía sinceramente: — «cuántas veces miro con lentes soy otro hombre y no de mi agrado». Y se desprendió prontamente de ellos.

No cabe duda que el que ve las cosas, «crísta, de aumento», llega a creerse, que ve más y mejor que los demás mortales, no sólo las cosas del mundo físico, sino las del mundo intelectual.

El pedant infatuado, que nos mira a través de sus cristales, que agranda sus ojos de semi-sabio, y nos habla con aire de superioridad es, sin duda que ese cree otro nombre) y de su completo agrado lo contrario de Goethe.

Tiene más importancia de lo que parece a primera vista, esto del mirar. Lessing en su admirable estudio sobre el LAOCONTE, dice: — «lo que encontramos bello en una obra de arte, no son nuestros ojos los que lo encuentran, sino nuestra imaginación, por medio de los ojos».

Esto es análogo, y tiene su origen en la doctrina de Platón, acerca de las ideas. Idea, significaba en esa filosofía «punto de vista».

Y según ella se veían las cosas a través de nuestros conceptos, por medio de los ojos.

Basta sustituir «conceptos», por «imaginación», para tener la teoría estética de Lessing.

También los neoplatónicos expusieron esta profunda doctrina: — «Es necesario hacer que el órgano de la visión sea análogo y semejante al objeto que quiere contemplar». Y que todo hombre debe comenzar por «hacerse hermoso y divino». Esto afirmaba Plotino.

Y Orígenes lo confirmaba así: — «Para contemplar a Dios por el espíritu es necesario que el corazón sea puro».

Este pensamiento ha sido comentado — desmenuado por nuestros grandes místicos del Siglo de Oro dando una explicación psicológica de la intuición de lo bello fundada en la belleza del sujeto contemplador.

Así se entiende la profunda sentencia de San Juan en su primera Epístola (III: 2) que dice: — «Nosotros seremos semejantes a Dios porque le veremos tal cual es».

Admirable sentencia de dos siglos antes que los neoplatónicos alejandrinos tuviesen la intuición de las relaciones entre el objeto y el sujeto de la contemplación.

Y por cima de todo está la palabra divina en el Evangelio (Mateo, VI: 22): — «Antorcha de tu cuerpo son tus ojos. Si tu ojo fuera sano todo tu cuerpo será luminoso».

San Agustín interpreta espiritualmente el ojo por la intención. Si la intención es pura y recta, todo lo que hacemos conforme a ella será bueno.

Pero permitásenos ver algo más en la palabra evangélica. «Todo tu cuerpo será luminoso. Y si tu ojo no estuviera sano, todo tu cuerpo estará entenebrecido».

Mediten bien los que se entenebrece sus ojos, sin necesidad, los que se los ahuman, por vanidad, y por moda lo que significa entenebrece el cuerpo, en lugar de tenerlo luminoso. Y lo que es el ver las cosas con buenos ojos sin falsos colores de cristal.

Juan D. BERRUETA

Lo que dicen los papeles La Almudaina

En un importantísimo y sesudo editorial deplora que ciertas modas hayan desaparecido y aboga por otras. Y dice:

«Otras modas que un día imperaron también en España, y que han desaparecido, siguen prevaleciendo en Portugal. Nos referimos a los alfileres de corbata.»

«Lástima que el articulista no recomiende a la clientela que también hace muy bonito, los domingos, llevar un palillo entre los dientes y los dedos de las manos llenos de opiparas sortijas. ¡Son tan preciosos ciertos conjuntos!».

CORREO DE MALLORCA

Cuenta el argumento de una película y dice:

«La hija de una familia obrera logra su propósito de salir de su medio social al contraer matrimonio con el gerente de una gran fábrica.»

Como se ve el asunto es de lo más cotidiano. Desde «La hija de la Portera» hasta las más modernas novelas de Bromfield, estas cosas se ven cada dos por tres. Sin embargo al crítico le parece algo excepcional y asegura unas líneas más abajo:

«Su dominio de la técnica cinematográfica ha permitido (al director) que el extraño argumento se desarrolle con gran agilidad.»

«Extraño argumento! Nos parece muy extraño que le parezca extraño al extraño crítico.»

LA ULTIMA HORA

En una crónica deportiva, aseguraba con toda formalidad:

«Es de esperar que, dada la trascendencia de este partido, tanto los jugadores visitantes como los visitados pondrán todo su interés en conseguir la victoria.»

También es extraño esto. Lo bueno fuera que los visitantes y los visitados, de común acuerdo, salieran por ahí y regalaran la victoria al primer transeunte que les dijera «buenas tardes» o «ustedes lo pasan bien».

Que todo puede ocurrir.

Baleares

Que tiene un crítico — B. — que dijo hace días que no era infalible, sino todo lo contrario, inventó la siguiente película:

«Dillo en Mallorca».

«Dillo? El film es corto, disparatado y malo...».

«Esto no puede ser más que «Elogio a Mallorca». En fin, no creíamos que la infalibilidad de este pedantuelo de B. llegara hasta esto de «dillo», que no tiene perdón, aunque nos «dilla» tener que decir las cosas tan crudamente.»

En la Sección de «NOTICIA DE LIBROS» daremos reseña crítica de los ejemplares que nos sean enviados por duplicado.

Suerte, vista y al toro

Escuela taurina

«De los terrenos»

Ardua es la tarea que hoy me he propuesto llevar a cabo. Quiero tratar de lo concerniente a los «terrenos» que se deben tener en cuenta en la arena. Una explicación más o menos científica de este asunto es difícil de plantear; no obstante, a mi manera probaré de hacerlo, empleando los términos más sencillos para mejor comprensión de mis lectores.

De manera imaginaria, debemos dividir en tres círculos concéntricos el redondel de una plaza de toros. Trazando una línea recta desde el centro del ruedo hasta la barrera, o sea un radio, y partiéndolo en tres espacios, tendremos que la primera parte de terreno empezando desde la valla, serán «las tablas», la segunda «los tercios» y la tercera «los medios». Estará un toro cerrado en tablas cuando se halle muy cerca o casi pegado a ellas, por lo tanto «abrirle» consistirá en sacarlo hacia los medios. Vemos que, invariablemente, los toreros al salir el cornúpeto y empezar a torear, lo hacen de espaldas a la barrera. El diestro debe estar siempre, al citar el toro, un poco más abierto que éste, o sea lo que en términos taurinos decimos «citar desde el pitón contrario», y cuando la res embiste, se le marcará forzosamente la salida hacia los medios. Así es como debe de hacerse, supuesto que el viaje natural del toro es casi siempre hacia las afueras. Es así porque el instinto del cornúpeto tiene la propensión de buscar «las afueras» o sea los medios, sobre todo cuando está entero, pues por el contrario, al sentirse agotado, se refugia en algún lugar de las tablas para defenderse allí mejor. Algunas veces, desde su salida demuestran la tendencia de querer ir a los «adentros», y esto se suele ver en el momento que los peones los corren de salida.

En este caso, como es lógico, si el diestro tiene «vista», marcará en los lances la trayectoria que el toro pida, y para ello no tendrá más que «cambiar los terrenos» y torear de espaldas a los medios, haciendo pasar al toro entre él y las tablas. La mayoría de las veces esto ocurre después de ser picado y banderilleado el cornúpeto, que es cuando por exceso de castigo se ha «quedado» y busca refugio para su mejor defensa, como antes hemos dicho. Se entiende pues que el lugar que eligen los toros para estar más a gusto son las «querencias». Son sitios propensos para querencias los lugares de las tablas donde menos castigo haya sufrido el toro, particularmente



el tercio de los chiqueros. El buen lidiador debe de tener en cuenta estos detalles. Oímos con frecuencia a los aficionados, cuando quieren hacer prevalecer los méritos de algún matador, que «torea donde él quiere» y que por esto «manda en el toro». Yo creo que para mandar en el toro, lo primero que debe saber el espada es el lugar donde más ventaja llevará o sea en el que por su instinto elija la res. Una vez llevada ésta a su querencia, entonces es cuando podrá hacerle «caena» y dominarle, y solo así «mandará» en el toro.

Debemos advertir que no sólo son los toros aplomados los que buscan la querencia de las tablas; los mansos, por su propia cobardía, también son propensos a ellas. Al torero inteligente le preocupa estudiar y aprender esta principalísima parte de su profesión, supuesto en ella está la base del toreo. Cuando un matador sabe qué lugar de la arena debe pisar para torear con más ventaja y comodidad, según sea el estilo del toro, y sabe si debe abrirse o cerrarse, acercarse o distanciarse más del enemigo; cuando adviene en qué tercio se puede torear con más desahago y facilidad, sólo entonces es cuando empezará a conocer su oficio; pero es esto tan difícil, que son contados los diestros que llegan a dominar extensamente esta papeleta, que sin duda alguna es la más peliaguda que existe en su carrera.

También son necesarios estos conocimientos para el público aficionado, pues así sabrá aquilatar mejor las faenas que los diestros hagan.

plazas de ruedo regular a unos cinco metros de la propia valla. Por tanto, los terrenos de adentro son los del torero y los de afuera los del toro. Cuando un bicho llega «quedado» a la muleta y continúa embistiendo con nobleza, el torero debe de llevarlo a los medios, y una vez allí dejará que se reponga un poco, y así puede conseguir en muchos casos sacarle mayor partido que en cualquier otro lugar del ruedo, supuesto es en el centro del redondel donde más fuerte embiste la res, ayudando por tanto más al torero para la faena.

Podría hablar con más extensión sobre el tema, pero para el objeto que nos hemos propuesto ya hay bastante. Estas indicaciones son suficientes para que el lector se forme una idea de lo que concierne a los terrenos; no obstante, como siempre he dicho, es necesaria la continua concurrencia a las corridas, para llegar a ser un aficionado competente.

Como final de esta crónica, explicaremos un detalle que muchos aficionados ignorarán. ¿Saben ustedes cuál es el tercio de los toreros?...

La parte del redondel donde se suelen correr los toros y en que con mayor frecuencia lancea el matador, este pequeño arco de la valla donde los toreros cambian la seda por el percañ y dá el mozo de estoques los trastos al espada para que vaya a brindar o a dirigirse hacia el toro, ese es el tercio de los toreros.

Este detalle, que sólo se menciona en este escrito por considerarlo curioso, seguramente que va era sabido por muchos lectores, si bien los habrá que lo ignoraban. Para estos últimos va escrito.

QUINTO

TABLERO DE LA CURIOSIDAD

El gobernador del Sudán, sir Say d Abdel el Mahdi Bajá, ha establecido en una plaza próxima a su palacio un verdadero mercado o feria de novias. En ella los jóvenes encontrarán mujeres casaderas por la infima suma de 8 dólares encargándose el gobernador de pagar la diferencia entre lo que ofrece el interesado y lo que piden los padres. Puesta en práctica la idea, se formaron inmediatamente 300 parejas, demostrando que la innovación constituía un éxito.

Para la limpieza de tuberías cuyo hueco y longitud no permite emplear los útiles usuales para tal menester se emplean hurones a fin de que hicieran pasar por el interior de la tubería una cuerda en cuyo centro iba un diminuto escobillón que efectuaba la limpieza.

Un floricultor de Nueva York, con el propósito de dar mayor impulso a su negocio, ha persuadido a algunos comerciantes de la necesidad de enviar media docena de rosas para pedir la satisfacción de cuentas atrasadas. En la mayoría de los casos el que las recibe se siente avergonzado de aceptar flores y se apresura a satisfacer la deuda que tiene pendiente.

Las avispas acechan a las abejas, cuando regresan a la colmena después de libar en las flores para robarles el dulzón líquido.

La cerveza es un gran estimulante porque posee todas las propiedades de las restantes bebidas alcohólicas, sin tener ninguno de sus inconvenientes.

AZAHAR blanco

(Continuación)

bre las paredes negras de sus casas, la famosa artesanía de sus talleres. Surgieron a la vez, como de dentro conejos, los abezprizornis descalzos, los niños rúso, con sus pómulos hinchados y sus guedejas de paja y sus manos tendidas. Recordara las andas de unos brazos robustos, y al nivel de su rostro, crispado de dolor, dos caras de soldados, maceradas de alegría y de llanto, de un expresivismo estúpido. Se sintió transportado hacia la plazuela Piekieleko, y de ella, a la calle Rigcerska, angosta y zigzagante, —como la nuestra de las Sierras, de Sevilla— donde los vecinos alargaban sus brazos, por ventanas y balcones, cerrando el circuito eléctrico de su entusiasmo al contacto de sus largas uñas judías. Era la paz universal. Era el milagro de la paz, sin odios, ni deportaciones, ni esclavitud para ninguna raza ni clase de hombres. Era Dios que volvía, en peregrinación del mundo, para descender del montón de corazones humanos, amontañados en calvarios, y señalarles aquel otro de su cruz —la única digna de abrazarse a ella— y de su redención. Cuando dudaba de aquella imprecionante verdad, atendía el nombre del hospital donde curaba de su herida, tal vez la última herida sufrida en la última guerra entre los hombres! ¡Pildulski! Luego miraba a su uniforme, a la gorra colgada de la percha y a aquella aguja que permanecía enredada en ella con las alas abiertas, y la certidumbre en el milagro se le remetía en el alma, ensanchándose, hasta tenerla que asomar a los ojos en una mirada redonda que abarcó toda su vida.

Seguro de aquel hecho universal, hubo entonces de particularizar y de preguntarse a sí mismo: ¿y ahora, qué? Ya no le quedaba en el mundo senda ni camino por donde poder lanzar su instinto de hombre de acción. Porque ¿qué había habido en su vida sino instinto? Aquella creencia suya, de muchacho, de escaparse de las casas por las ventanas, y de las razones blandas por las troneras de las verdades altas, y de la prisión en que ahorró su sentimiento más íntimo, por los laberintos de aquella fortaleza de su inteligencia, en la que siempre la idea más noble flameaba en el remate de su torre de homenaje... ¿no era todo aquello acción, instinto desordenado de plantarse, en cuerpo y alma, en el lugar preciso donde el corazón del mundo reclamaba un latido?

Para el la humanidad estaba poblada enteramente de hombres. De hombres en terrible angustia de soledad, constantemente asaltados por las pasiones, los odios, los dolores, los egoísmos de los demás hombres. Estos seres que poblaban el mundo—los únicos seres creados a imagen y semejanza de los dioses fuertes y crueles—se abrevaban, de camino, en las cosas que la naturaleza había puesto al alcance de su mano. Y entre esas cosas contaba la mujer. A la mujer, por tanto, se la podía desear, pero no amar. Amarla, equivalía a alterar el orden creado, a dejarse aplastar, el rey de la creación, al peso de una cosa creada. Y sin embargo, él estaba seguro de haber repartido generosamente el corazón entre muchas, demasiadas mujeres. A ninguna, que él recordara, la había bajado a la humillante condición de cosa. No tenía conciencia de haber mercaderado jamás en ninguna lonja de contratación del amor. Y por esto tal vez, de todas las mujeres que había habido en su vida ninguna permanecía en su corazón exigiéndole el saldo de ninguna cuenta. ¿Ninguna?

A diferencia de sus otros compañeros de armas, que se mostraban tanto más amadores cuanto más podían fanfarronear de vida y de salud, él solía declinar hacia el amor siempre que estaba enfermo o herido, pudiendo contar sus amores en las guerras por el número de hospitales en que había estado y por el nombre de las enfermeras que le habían correspondido en turno.

¿Y ahora, qué?—volvía a repetirse—. La paz reinaba en el mundo. Para cada hombre eran hermanos, amigos, los demás hombres. Todos, sin saber cómo ni por qué, se acordaban de las mujeres, de las esposas, de las novias, de las hermanas, y solo aspiraban a retornar al hogar, a estrechar, en un abrazo infinito, a aquella parte del género humano que él había amado una y otra vez, junto al lecho de su dolor, en un generoso y correspondido amor de caridad.

A algunos de aquellos compañeros su-

Se recordaba en la carlinga de un bombardero que pilotara, apresado, al enemigo en ocasión de haber caído en sus líneas intacto y con todos sus tripulantes muertos. En el talco de su cubierta llevaba pintados, en miniatura, cinco edificios históricos destruidos por las sucesivas granizadas de su vientre. Él había superpuesto, dibujadas, veinte arañas, en memoria de veinte aparatos enemigos abatidos. Se mirara la mano diestra, nerviosa de dedos nudosos, cerrada en la manecra de aquella palanca que dejaba caer a la tierra las terribles bombas de dos mil kilos. Se pasó la mano por la frente y le quedó el consuelo de aquel último recuerdo de aviador, que lo llevó transportado perdidos los sentidos por la terrible sacudida en la nuca, un buen trecho de camino por las nubes. Aquellas torres del Kremlin habían sido arrancadas de cuajo por la terrible explosión, yendo a caer y a su-



Yos, que nerviosamente se le despedían, parecía urgirles llegar a sus hogares a punto de poder presenciar un acontecimiento parigal cuando menos, a la advenida paz. ¡Un hijo!... ¡Voy a tener un hijo!...—le decían—. ¡Qué sabes tú lo que sea eso!

Y era verdad! ¡El no sabía lo que fue-se un hijo!

Aquella transformación instantánea del mundo le anonadaba. Imaginaba a la humanidad otra vez asaltada de locura. A millones de hombres distribuidos en brigadas de trabajo, moviendo grúas, arrastrando carretas, empujando andamios, acarreado materiales nuevos, levantado, piedra a piedra, aquel mundo escombrado y destruido por las guerras.

mergirse en las heladas aguas del Neva. Luego, la licencia por tiempo indefinido, obtenida en pago de una lesión de corazón, también de tiempo indefinido. Y otra vez se cañonear al mundo, desde su puesto y grado de coronel de artillería.

Retornó, por fin, el pensamiento, pasóse por la morada de su alma y se quedó el héroe en meditación, semidormido. Pero el terrible alboroto de la calle le despertó nuevamente. Desmayó una mano hasta la pequeña asa dorada de la mesita y tiró de ella, sacando de quicio el cajón. Tactó con la mano hasta agarrar la cartera de piel de Rusia en el depositada, que abrió en sus dos hojas, es cogiendo con ansia, de su contenido, una fotografía.

La contempló largo tiempo. A su pie, entre unas flores de verbena, aparecía una extraña dedicatoria y una fecha. «Hoy ha matado tu olvido mi muñeca de los seis reflejos. Pero aunque sea ya tarde, ¡vuelve!» Firmaba un nombre y la fecha estaba próxima.

Lo roció de emoción al pronunciarlo bajo, como en un suspiro: «Cruz María! Pero eres tú Cruz María?... Volvió a meditar sobre aquel velado del retrato, que ponía una neblina sobre la frente alta de la imagen, dejando en filiz de luz y sombras el resto de la figura y el contorno... ¿Pero es posible, Cruz María, que tengas ya el cabello blanco? Incredulo, pasábale los dedos una y otra vez, en una crispada y rebelde caricia, y permanecía la neblina en los cabellos... ¡Blancos! Pero es verdad que ha pasado tanto tiempo, tanto? Y nuevamente caía en el éxtasis de la contemplación. Hasta que en un momento, la imagen de Cruz María tembló toda ella, como tocada de piedra una superficie de agua, y se borro entre las lágrimas de aquel soldado fiero, que acababa de rendir, por fin, su fortaleza, herido por un certero dardo del amor.

El día se había dormido en la ventana y a lo lejos, la corriente del Vistula se encendía de luminarias rojas en sus márgenes, y un gusano de luz, desanillado, la recorría corriente abajo, llevado por canciones de amor y de esperanza.

Se vio erguido y en pie, rodeado de maletas y bártulos, dando el último adiós de despedida a aquel mundo desconcertante y loco de la guerra, que le dejaba su última hoja en blanco en aquellas paredes de una celda de hospital. ¿Qué iba a escribir en ella? Amor y Paz. Dos cosas inéditas para su corazón, que pensaba vivirlas lejos, en un lugar que tuviera, para él, calor de cuna.

Se imaginó avanzar en una «troika» por el nevado arrabal de Praga, camino de la estación del Norte en espera del tren que le transportara a las ruinas de Berlín y a París, y a Madrid. Luego el pequeño salto, cien veces más distanciado por la ansiedad, hasta su pueblo. Y por fin, Cruz María. Pensaba casarse con ella así que llegara.

«Hoy ha matado tu olvido mi muñeca de los seis reflejos. Pero aunque sea ya tarde, ¡vuelve!»

Decididamente no entendía aquel jergolítico. Probó a descifrarlo dando de alta al último enfermo de las parihuelas, inclinándolo entre los labios. Sólo entendía claro el significado de la última palabra: ¡vuelve!

Zascandileó todas las horas de aquel día por calles y plazas del pueblo, haciéndole de recadero a mi curiosidad. Bien de mañana me despertó el esquilon de la iglesia, que yo imaginaba cuajada de rosas blancas, llamando a misa primera. Me di cuenta exacta de la responsabilidad que suponía para mí no perder minuto, ocasión ni coyuntura de aquella fiesta que se anunciaba única en los anales del pueblo y salté de la cama, me vestí en un periquete y paréme un momento a mano en el pestillo de la puerta, antes de trasponerla y lanzarme a la calle a cumplir la misión que me había impuesto.

Decididamente, lo primero era la novia. Me encamine, sin más pensarlo, a su casa. Dile un rodeo al pueblo, por aquel caminito en fronda, que lo ceñía, como un cinturón, hasta ensancharse luego en su hebillas, espesa de cipreses, que era el cementerio, y torcí, a escasas yardas de la última casa del pueblo, que era una tienda muestrario de todas las cosas que se precisaban para un remedio, hacia el monte de la ermita o monasterio, a cuya falda, centrando un jardín, se levantaba la casa de Cruz María.

Tenia un solo cuerpo de edificación, estaba enjalbegada en blanco, techada de ladrillos rojos, con una volada de madera renegrida, y las persianas, pintadas también de blanco, aparecían herméticamente cerradas a la hora que yo las mirara, que serían las seis. Un ligero ceferrillo se entreteñía en mover las anchas

hojas de sonaja de un platero, que más alto que la casa y de la edad de un bisabuelo, parecía abanicar, refrigerando el sueño de sus habitantes. Estábamos en Julio.

Como ya imaginara, no hubo de aguardar mucho, plantado en medio del camino, a que se abriera con el característico chirrido de los goznes y golpeando con las dos hojas en la pared al ser empujadas por unas manos con prisa, una de las ventanas del piso bajo de la casa.

Había transcurrido escasamente el tiempo de vuelo de un banco de perdices, cuando percibí el crujir de los guijos en el jardín, movidos por pies que se advertían diligentes y seguidamente, la puerta de la barrera abrióse y tornó luego a su quicio por su propio impulso, tras dejar en el camino, a escasa distancia de mí, la humanidad de Cristobalona.

Crista, Balona o Cristobalona, que con todos estos nombres era conocida por las comadres del pueblo, era el año de Cruz María. En su casa se estaba—más ama que el ama en su mando—desde que nauero en la mina su marido, y en sus brazos su hijo, ahogado también por el grisú de aquella pena negra que le llegó a las entrañas, le fue a ofrecer a Crucieta el preparado manjar de sus pechos.

La llama de su falda, pasando por el humo de su corpiño y rematando en la amarilla cima de un pañuelo anudado y en pico, se fue moviendo, como un fuego lábio, camino de la primera casa del pueblo. Allí llegamos pronto, y en el quicio de la tienda, entre un cesto de manzanas



doradas y un saco de pimentón, enjarraba su figura de cirio, componiendo una palmaria, la tía Paca.

—Vengo a por un cuarta de cinta de seda blanca.

—A la paz de Dios, mujer, que bueno está lo bueno.

—Es que llevo mucha prisa, Paca.

—Pues tráetela acá y sientála unos minutos. Agarra aquella silla, que ésta tiene una pata coja.

—Hoy es día de macho quehacer, comprendelo. La niña se ha levantado ya y me ha llenado el majin de mandados.

—Acaban de dar las seis, mujer, y el padre Ambrosio no se ha afeitado todavía. Pasó por aquí, camino del corralillo, a echarles unos higos a sus cerdos.

—¡El chón! A las diez los ha de casar y todavía se entretiene ese en echarle artope a su familia. Capaz será de plan-

tearse las sagradas vestiduras luciendo sus púas tiesas.

—¡Que sobran todavía cuatro horas, Crista!

—Acuérdate de la pobre Amanda, la hija del Pecos, que se estuvo dos horas de bruces en el altar mayor, esperando al cura. Y a las dos horas se le marchó el novio. Y luego llegó el padre Ambrosio. Esperó una hora más y se marchó. Y

—Total, que no logró casarse. ¡Digo, si me acuerdo!

—¿Me das la cinta?

—No te sientas, mujer?

—No puedo. Se me resbala el culo.

—Pues estate de pie en el mostrador. Te voy a dar una rosquilla y un vaso de agua.

—Bueno. Lo naces por tirarme de la lengua.

—Acérrate. Mientras te sirvo, ves mirando estas cintas. ¿Has dicho blanca?

—Claro, mujer.

—No tan claro. Por ahí se decía que la novia vestiría de negro.

—¿Querían que enviudara el día de casada, como su tía Casilda?

—Es por la edad. Compréndelo. Crucieta ya tiene el pelo blanco.

—Porque na pensado siempre cosas muy buenas y se le han hecho palomas los pensamientos. Pero ella solo tiene treinta y ocho años.

—Y dos más cumplidos. Acuérdate que lo de la mina Catalina, donde murió Raspatrierra, tu marido, ocurrió en el año... —Sí; ya lo se. Pero es igual. No tiene más años.

—¡No me digas!

—Cuando volvió de la Polonia el señorito José, lo primero que hizo, ya lo sabéis todos, fue obligar a sus hermanos a confundirse sus trajes domingueros y hacer que viniesen a casa a pedirles a mí amos la mano de Crucieta. El Pensador se traía aprendido un discurso muy majo, que se lo estropeaba el Curandero con sus chirigotas—¡porque vaya si es gracioso el señorito Vidal!—hasta acabar por armarla en casa, como suelen hacerlo en la suya; y ya se estaban marchando los dos, sin acabar de decir a lo que habían venido, cuando el señorito José, que oye a las voces desde el jardín, subió, y en cuatro palabras les dijo a mis amos que se quería casar con mi señorita.

—¿Y ella?

—Ella no quiso. ¡Y vaya si quería!

—¿Entonces?

—Entonces, el último día de la novena, bajando estaba del mont de La Anunciada, bien de mañana, y al ir a coger un capullo de rosa le volvió la primavera al cuerpo.

—¡Milagro!

—¿Lo supiste tú?

—Pues eres toba? ¿Quién lo iba a saber, sino?

—¿Y qué más?

—Crucieta me agarró entonces por la cintura (¡y cuidado que yo peso!) y me rodó, como en un río vivo, hasta sentarme en la mecedora que fue del abuelo, que rompi en dos pedazos. Luego me envió a un recado. Hizo que cogiera unos brotes de azucena y que se los llevara al señorito José con el encargo de que se los pusiera en el ojal de la chaqueta.

—¿Nada más?

—Y ahora la boda. ¿Te parece poco?

—¿Qué va a ser sonada! Dicen que don José y tu niña han invitado a todo el pueblo.

—¿Te han invitado a tí?

—Natural.

—Pues si que irá todo el pueblo. Y lo de las dos terneritas sacrificadas ya no me parece mucho.

—¡Mujer! ¿Qué quien más, quien menos, ya tenemos un pedazo de pan con que saciar las ganas de todos los días!

—La cinta, Paca. ¿Qué ha dado la media!

—Escójela de este montón... Esa es la más cara... De seda auténtica... ¿Para qué la quieres?

—Para sujetarse, con unos lacitos en las sienes, la corona de azahar.

—Pues que cuando cumplo el tiempo natural de la vergüenza, se parezca tu señorita a la Virgen de la Cinta!

—¿Y que lo digas!

Cristobalona niño que marchaba, pero volvió para decirle esto:

—Ahora puedes afeitarte y contárselo todo a la tía Estefana, la vasca, para que lo vaya repitiendo del revés.

Yo también, como el padre Ambrosio, tenía que afeitarme y deje a Crista que se marchara sola.

A las siete, en mi habitación de la única fonda del pueblo, mojaba mi brocha, blanca de polvos de jabón, en agua.

Adominguado para la boda, una hora despues me constituí en casa de los Trino. Pregunté al criado que me abrió la puerta si los señores se habían levantado ya. Díjome que don Vidal y don Jacobo sí, pero que don José seguía en cama. Debí poner cara de asombro, porque enseguida trató de excusar el señorito es así de tranquilo; y aunque cumpliendo ordenes de don Jacobo aporreé la puerta de su cuarto cada cinco minutos. Él me canta la hora cada vez que llamo y sigue roncando.

Me introdujo en un gabinete en que los principales muebles aparecían enlutados de chaquetos recién planchados; y prestando quehaceres, se alejó de mí. Traté entonces de componer las figuras de los dueños de aquella casa, repasando sus rasgos en dos retratos a gran tamaño, de un capitán de husares y de una dama de nuestros tiempos de Isabel II, que imaginé fueran sus padres. Pero en aquel pretiso instante se abrieron al uní-

—Pues que rabien, porque esto que fue verdad ya no lo es.

—¿No me digas!

—Cuando volvió de la Polonia el señorito José, lo primero que hizo, ya lo sabéis todos, fue obligar a sus hermanos a confundirse sus trajes domingueros y hacer que viniesen a casa a pedirles a mí amos la mano de Crucieta. El Pensador se traía aprendido un discurso muy majo, que se lo estropeaba el Curandero con sus chirigotas—¡porque vaya si es gracioso el señorito Vidal!—hasta acabar por armarla en casa, como suelen hacerlo en la suya; y ya se estaban marchando los dos, sin acabar de decir a lo que habían venido, cuando el señorito José, que oye a las voces desde el jardín, subió, y en cuatro palabras les dijo a mis amos que se quería casar con mi señorita.

—¿Y ella?

—Ella no quiso. ¡Y vaya si quería!

—¿Entonces?

—Entonces, el último día de la novena, bajando estaba del mont de La Anunciada, bien de mañana, y al ir a coger un capullo de rosa le volvió la primavera al cuerpo.

—¡Milagro!

—¿Lo supiste tú?

—Pues eres toba? ¿Quién lo iba a saber, sino?

—¿Y qué más?

—Crucieta me agarró entonces por la cintura (¡y cuidado que yo peso!) y me rodó, como en un río vivo, hasta sentarme en la mecedora que fue del abuelo, que rompi en dos pedazos. Luego me envió a un recado. Hizo que cogiera unos brotes de azucena y que se los llevara al señorito José con el encargo de que se los pusiera en el ojal de la chaqueta.

—¿Nada más?

—Y ahora la boda. ¿Te parece poco?

—¿Qué va a ser sonada! Dicen que don José y tu niña han invitado a todo el pueblo.

—¿Te han invitado a tí?

—Natural.

—Pues si que irá todo el pueblo. Y lo de las dos terneritas sacrificadas ya no me parece mucho.

—¡Mujer! ¿Qué quien más, quien menos, ya tenemos un pedazo de pan con que saciar las ganas de todos los días!

—La cinta, Paca. ¿Qué ha dado la media!

—Escójela de este montón... Esa es la más cara... De seda auténtica... ¿Para qué la quieres?

—Para sujetarse, con unos lacitos en las sienes, la corona de azahar.

—Pues que cuando cumplo el tiempo natural de la vergüenza, se parezca tu señorita a la Virgen de la Cinta!

—¿Y que lo digas!

Cristobalona niño que marchaba, pero volvió para decirle esto:

—Ahora puedes afeitarte y contárselo todo a la tía Estefana, la vasca, para que lo vaya repitiendo del revés.

Yo también, como el padre Ambrosio, tenía que afeitarme y deje a Crista que se marchara sola.

A las siete, en mi habitación de la única fonda del pueblo, mojaba mi brocha, blanca de polvos de jabón, en agua.

Adominguado para la boda, una hora despues me constituí en casa de los Trino. Pregunté al criado que me abrió la puerta si los señores se habían levantado ya. Díjome que don Vidal y don Jacobo sí, pero que don José seguía en cama. Debí poner cara de asombro, porque enseguida trató de excusar el señorito es así de tranquilo; y aunque cumpliendo ordenes de don Jacobo aporreé la puerta de su cuarto cada cinco minutos. Él me canta la hora cada vez que llamo y sigue roncando.

Me introdujo en un gabinete en que los principales muebles aparecían enlutados de chaquetos recién planchados; y prestando quehaceres, se alejó de mí. Traté entonces de componer las figuras de los dueños de aquella casa, repasando sus rasgos en dos retratos a gran tamaño, de un capitán de husares y de una dama de nuestros tiempos de Isabel II, que imaginé fueran sus padres. Pero en aquel pretiso instante se abrieron al uní-